

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.

**PRECIOS.**

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
En provincias. Semestre.	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Importancia de la misión de las maestras de primera enseñanza, y necesidad de su formación especial.—Luchas del alma (poesía).—La Heroína de Zaragoza: episodio del primer sitio.—Lo que es amor (poesía).—Pensamientos (conclusión).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).—Revista de modas.—Explicación del pliego de dibujos.

IMPORTANCIA DE LA MISIÓN DE LAS MAESTRAS DE PRIMERA ENSEÑANZA, Y NECESIDAD DE SU FORMACIÓN ESPECIAL.

La cuestión que inicia el epígrafe de estas líneas es de suyo tan elevada y trascendental, que no hemos de dejar de consagrarla en estas columnas un lugar preferente, movidos del buen deseo de estampar algunas leales observaciones, nacidas del afecto que nos inspira todo lo que propende á enaltecer la vida intelectual y moral de los pueblos.

No se trata de reproducir aquí la ya gastada elegía que sirve de lamento á los que niegan que el ramo importante de la instrucción pública se halla

entre nosotros en vía de progreso: tampoco hemos de complacer á los que imaginan que avanzamos demasiado en el campo inmenso de la verdad: nosotros creemos sinceramente que se ha hecho bastante en pro de la instrucción pública, y creemos que aun se puede hacer mas, á costa de pocos esfuerzos y de una buena intención por parte de aquellos que dirigen el rumbo de la máquina legislativa.

De todos los ramos de la instrucción pública, la primera enseñanza es sin duda el que reclama protección mas considerable, si se tiene en cuenta que es el poderoso remolcador que ha de conducir á la civilización por el túnel de lo perfecto; y aunque, á decir verdad, se han ensayado reformas muy apreciables, todavía arrastra un letargo penoso, todavía siente gravitar sobre sí la mano de hierro del empirismo, siendo origen de males profundos que conviene atenuar y reparar.

Decimos que algo se ha hecho, y, en efecto, se ha reconocido la misión del magisterio público como una necesidad social de primer orden; se ha llevado á todas las conciencias la noción de su importancia; se ha desterrado de las escuelas el antiguo método terrorístico, procurando convertirlas en mansiones

encantadoras, en lugar de aquellos odiosos antros donde se azotaba á los niños con las varas que remitian los nobles, y donde se ejercia con desapiadado refinamiento un despotismo propiamente brutal. Todo esto se ha hecho; pero aun falta que hacer mas: falta aun que enaltecer por la inteligencia al magisterio público; falta aun que darle mayor representacion y gerarquía; falta que hacer que no se avergüence de su modesta mision, considerándose con el sueldo mezquino de un jornalero, espuesto á sátiras sangrientas y condenado á resistir presiones humillantes, debidas á ciertos abusos de autoridad; en una palabra, falta que completar su rehabilitacion dándole *mas pan y mas verdad*, si se permite la frase; y á esta obra levantada y generosa deben consagrarse los gobiernos con preferencia, si aspiran á merecer bien de la patria.

Y si pedimos esta rehabilitacion completa en todos sus órdenes para el profesorado elemental, claro es que incluimos tambien á las maestras de primera enseñanza, con mayor razon hoy que la ley, muy justamente por cierto, autoriza su ministerio con un diploma que abre á la mujer ancho y honroso horizonte para realizar su consagracion en beneficio de la humanidad, multiplicando los resortes de sus grandiosos esfuerzos.

Pero muy poco necesita la mujer, en verdad, para desempeñar el magisterio; mas aun así y todo, claro es que conviene prepararla con formacion especial, y á este punto deben encaminarse las miras de aquellos poderes ilustrados á cuya fuerza se encomienda la rotacion de la vida intelectual.

En efecto, la mujer, casi por intuicion divina, con el instinto mas delicado, y resplandeciente de gracias é inocencia, muestra desde muy niña marcada predileccion hácia el magisterio; y sea entre sus compañeras de infancia, sea entre sus hermanas menores, gusta ejercerle con fruicion deliciosa, manifestando cuánto partido se puede sacar de sus facultades para lo porvenir y con cuánta longanimidad y mansedumbre se presta á aquella árida tarea.

Y si se analiza con el debido detenimiento, se encontrará que el ministerio de la mujer en la vida social es en toda regla un magisterio admirable, que suple á la didáctica con sus felices inspiraciones, y

ya sea esposa, ó madre, es de ver con qué dulzura sabe inculcar los mas grandes principios de la moral, suavizándolo todo en su derredor con su mirada bienhechora, llenando el alma de alegría con sus caricias, sacando partido de todos los accidentes de su hermosura, y grabando en el tierno corazon de las generaciones vivientes como pudiera grabarse en una plancha de cera virgen.

Es evidente, pues, que la mujer tiene en sí facultades inapreciables para el magisterio, y, á poco que se ahonde en su corazon, brotará de él un magnífico raudal de hermosos sentimientos, que, aplicados á la tarea de la enseñanza pública, no pueden menos de ofrecer resultados maravillosos, realizándola bajo los auspicios de una maternidad encantadora, y revistiéndola de formas bellas y halagüeñas, que no tendrán seguramente rival en la naturaleza.

En este concepto, preciso es dar á la mujer una aptitud especial para el magisterio público, y aquí es donde no estamos completamente de acuerdo con el programa de los reglamentos vigentes, pues si bien es cierto que no es posible hacer una ley para las necesidades de cada localidad, tambien lo es que se pueden generalizar algo mas los beneficios de las que rigen, y sobre este punto nos hemos de permitir algunas observaciones en los números inmediatos, si no abusamos de la galanteria y benevolencia de nuestros lectores.

LEANDRO A. HERRERO.

Insertamos con mucho gusto la siguiente composicion que su malograda autora escribió poco antes de su muerte, demostrando en ella el dolor que embargaba su alma y que debia conducirla á la tumba.

LUCHAS DEL ALMA.

¡Por qué mi triste voz intento en vano que en quejidos histéricos no espire?

Al rudo peso del dolor tirano, no mas al corazon postrarse mire.

De venturas de ayer, fantasma impío,

no has de sumirme en eternal quebranto.
 De tu miseria y mi dolor me río...
 ¡Venga la lira, y escuchad mi canto!
 No, no juzgueis satánicas mentiras
 que el pecho herido en arrojaros tarde,
 que he de arrancaros del por mas que en giras
 arranque al par mi corazón cobarde.
 ¡Ilusion!... Esqueleto, ¡qué falaces
 ornatos visteis á tu vago antojo,
 ves?... yo arranco tus pérfidos disfraces
 y á tu faz desgarrados los arrojo.
 Su fin al cabó mi delirio toca,
 firme la diestra, el ánimo sereno,
 quebranto el ara que te alzase loca,
 hollando sus reliquias en el cieno.
 Me hallo feliz sin el dolor prolijo
 que me agobiaba con sus férreos lazos...
 ¡Ay!... tanto, que de loco regocijó
 mis entrañas se quiebran en pedazos.
 ¡Y qué!... quiero con risa mofadora
 insultar el dolor que aquí batalla...
 Vuele entre sus carcajadas en buen hora
 el ¡ay! postrer del corazón que estalla.
 Llevan, tronando con sin par fiereza,
 la ronca tempestad los Aquilones,
 y parece sentir naturaleza
 estas del alma horrendas convulsiones.
 El pecho al fin á su placer se esplaya,
 y en ese soplo que abrasando gira
 por la estéril arena de la playa,
 su propio fuego el corazón respira.
 ¡Notos! marcad asoladora huella...
 Por doquiera dejad yermos despojos
 de esa natura tan lozana y bella
 que en su pompa y verdor me causa enojos,
 como las nubes en tropel gigante
 van henchidas de eléctricos vapores!...
 Del seno de la mar amenazante,
 se levantan cien ecos mugidores.
 El agua ¡oh nubes de vapores llenas!
 verted, verted, en rápidos raudales...
 Rompa el mar de sus diques las arenas,
 los faros estinguendo celestiales.
 No mas dejéis que en el hinchado seno
 la fiera tempestad estéril rujá...

Que al ronco son del rimbombante trueno
 el flamígero rayo al aire cruja.
 Tiende ¡oh Atlante! los potentes brazos,
 bien que los cielos desplomarse dejes,
 y ruende el sol, quebrándose en pedazos,
 de sus robustos desquiciados ejes.
 ¡Qué gozo es ver las sanguinosas fieras
 ir rugiendo en cuadrilla por el llano,
 secas las rojas fauces carniceras,
 buscando ambiente que aspirar en vano!...
 Y el aguilucho á quien rompiera el Bóreas
 las fuertes alas con que rige al viento,
 en las espumas desplomarse ecuóreas,
 ahogando en ellas su postrer lamento!...
 ¡Arrecia, tempestad! ó avergozada,
 sin que darme pavor tu furia trate,
 ¡huye! porque es pequeña, comparada
 con la que al débil ánimo combate.
 ¡Por qué no cede el alma á su violencia,
 cual esos pinos que Aquilon desgaja,
 que destruye al pasar sin resistencia
 y arrastra en pos de sí cual dócil paja?
 Tú, que la peña ó la chocilla blanca
 voraz arrancas en tu impulso loco,
 este dolor del corazón arranca...
 ¡Ven, rauda tempestad! tu nombre invoco.
 ¡Mas no!... La espalda inmensa de esos mares
 azotan naves, que de luenga zona
 leves regresan á sus patrios lares,
 tendida al viento la turgente lona.
 ¡Cesa! El pobre marino con fe pura
 bendecirá la protección del cielo...
 Ver la ventura ajena es la ventura
 de los que no la aguardan en el suelo.

ELENA GOMEZ DE AVELLANEDA.

LA HEROÍNA DE ZARAGOZA.

EPISODIO DEL PRIMER SITIO.

I.

El grito de indignación lanzado por el pueblo de Madrid el día 2 de mayo de 1808 fue la señal de

alarma que, haciendo salir del letargo á la patria del Cid y de Pelayo, la dispuso á llevar á cima los heroicos hechos que tuvieron despues lugar.

Aquel santo grito fue la voz de una nacion hidalga y generosa, que sin Reyes, sin caudillos y sin ejército se levantó erguida, guiada solo por sus recuerdos históricos y sus pasadas hazañas, resuelta á contener el paso del invasor extranjero.

Zaragoza sintió conmoverse con un sacudimiento terrible al tener noticias de aquellas sangrientas escenas, y sus nobles y valientes hijos juraron sacrificarse en aras de la patria primero que consentir que las huestes extranjeras hollasen con su maldita planta el hogar de sus mayores.

Los descendientes de Lanuza, de aquel mártir de su deber sacrificado por la pálida mano de Felipe II, se dispusieron á rechazar llenos de un heroismo santo las acometidas de los soldados imperiales, que embriagados con sus triunfos venian, seguros del buen éxito, á posesionarse de la antigua *Cesán Augusta*.

Pero su osadía se estrelló contra la intrepidez aragonesa; y aquella poblacion abierta, situada en un llano, sin muros ni fortificaciones exteriores, ni mas defensa que los pechos y el valor de sus hidalgos habitantes, hizo retroceder espantadas á las águilas del imperio, convencidas de la imposibilidad de clavar sus garras en aquel pueblo de bravos.

Los héroes de Sagunto y de Numancia palpitaron de placer en sus tumbas al ver una accion tan grande y tan sublime, y los laureles de Roncesvalles, de Pavía y de San Quintín reverdecieron regados con aquella generosa sangre.

Era el amanecer del día 1.º de julio.

Zaragoza, cercada desde el 15 del mes anterior por el general francés Lefevre, y batida por sesenta piezas de artillería que arrojaban sobre ella un diluvio de balas, resistia con un teson heroico, rechazando cuantas acometidas hicieran los enemigos para posesionarse de ella.

Cien veces corrieron al asalto aquellos aguerridos soldados curtidos en los combates y vencedores en mil batallas, y otras tantas vieron estrellarse su

brioso empuje en el valor sereno de los improvisados combatientes, que, dejando la esteva y el arado, empuñaron los fusiles en defensa de su patria.

Lefevre, conociendo, aunque tarde, la imposibilidad de salir con su intento, retiró sus tropas fuera del alcance de los cañones de la plaza, resuelto á no intentar nada hasta recibir refuerzos.

Los zaragozanos aprovecharon aquel respiro; trabajaron con teson en fortificarse de la mejor manera posible.

Las puertas de la ciudad se cubrieron con baterías formadas de sacos de arena hechos de las cortinas de los balcones, y ante ellas se cavaron anchos y profundos fosos.

Las casas cercanas al muro se aspillaron, las calles se llenaron de cortaduras y parapetos, y las fraguas trabajaban noche y día en hacer metralla, empleando para ello hasta el hierro de las rejas.

En este estado se hallaba la plaza cuando el último día de junio los franceses, reforzados con nuevas tropas y con artillería traída de Pamplona, empezaron de nuevo las hostilidades, avanzando por las planicies y olivares cercanos hasta conseguir colocar, á pesar de la resistencia de los aragoneses, siete baterías á tiro de pistola de las débiles tapias de la ciudad.

Era, como llevamos dicho, la madrugada del primer día de julio, cuando en una pequeña habitacion, restos de una casa incendiada en las inmediaciones de la puerta del Portillo, tenia lugar á la luz incierta del crepúsculo una escena dolorosa.

El Sr. Juan, rico labrador de la parroquia de la Magdalena, espiraba roto el pecho por una bala enemiga que le alcanzó en el combate de la tarde última.

Á su lado, anegada en llanto, se veía una joven hermosa en extremo, cuya edad frisaba en los veinte años.

Era su hija Agustina, única persona de su familia á quien el cielo concedía la gracia de sobrevivirle.

Junto á ella, con el rostro alterado por el dolor, se encuentra tambien un mancebo de aspecto varonil y franco, cuyas manos y labios ennegrecidos por la pólvora demostraban bien claramente que habia ocupado durante el día su puesto en el peligro.

Era su presunto esposo Joaquín, labrador también como el Sr. Juan, y el que, huérfano desde la edad más tierna, no tenía otra familia que aquella en donde pensaba ingresar dentro de poco, y cuyo principal individuo se encontraba á su lado espi-rante.

Un silencio sepulcral reina solo en aquel recinto, donde la muerte no tardaría en aparecer.

Agustina oraba anegada en llanto, y el herido y el joven clavaban sus ávidos ojos en la puerta de la estancia con la impaciencia del que espera la venida de alguien.

Por fin, una figura grave é imponente apareció en el dintel: era un sacerdote.

—¡Gracias á Dios, P. Sas! exclamó Juan con marcada alegría; ¡gracias á Dios que venís! Mi vida se apaga por instantes, y no quería descender al sepulcro sin ver antes unidas para siempre á las dos únicas personas á quien más amo en el mundo.

—No morirás sin ver esa unión, Juan, replicó el sacerdote con acento conmovido. Tú eres un mártir de la patria, y Dios no quiere privarte del consuelo de que veas asegurada la felicidad de tu hija antes de comparecer en su divina presencia.

Y diciendo así, el sacerdote unió las manos de los dos jóvenes, que cayeron de rodillas junto al lecho del moribundo.

Pocos instantes después, la santa ceremonia terminaba.

Joaquín y Agustina se encontraban unidos con el indisoluble lazo del matrimonio, y Juan, después de bendecirlos, espiraba con la resignación del justo y el valor del mártir.

III.

El día empezó á lucir, y el alba, envuelta entre nubes de rosa y nácar, coloraba el cielo risueña y apacible como siempre, sin cuidarse del encono y de las miserias que agitan el alma de los mortales.

La luz clara y purísima iba á alumbrar en Zaragoza terribles y sangrientas escenas.

El general francés, que, como llevamos dicho, dispuso todo como si se tratase de tomar una fortaleza de primer orden, asesta sus piezas de batir y sus

morteros contra aquella ciudad heroica que mira caer despedazados sus mejores edificios por los proyectiles enemigos.

Sesenta piezas lanzan sobre Zaragoza sus globos de fuego, y las columnas de ataque corren con el ímpetu del torrente á penetrar en el recinto por diferentes puntos.

De esta manera cree Lefevre su triunfo seguro; pero su creencia le engaña.

Zaragoza no se sostiene por lo fuerte de sus muros, por lo inespugnable de sus fortificaciones; se sostiene por el tesón heroico de sus hijos, por su valor cívico y su bravura; y quien tales prendas de carácter tiene, no rinde su cuello al yugo extranjero, aunque tenga solo para abrigarse montones de humeantes ruinas.

Y así tuvo ocasión de apreciarlo el general francés.

Las puertas del Carmen, de Santa Engracia y del Portillo fueron los puntos donde la acometida fue más violenta y terrible.

Los débiles parapetos de los defensores, deshechos mil veces por el fuego del cañón, fueron vueltos á levantar de nuevo con sacos de arena, entre un diluvio de balas.

Joaquín se encontraba entre los defensores de la puerta del Portillo, rechazando con una bravura sin igual el avance del enemigo, que despreciando la muerte trataba á toda costa de hacerse dueño de aquella posición.

Agustina hallábase junto á su esposo presenciando la lucha desde un portal cercano, en donde varias mujeres prestaban socorros á los heridos, descompuesto el semblante por el miedo, helado el corazón de espanto.

El fuego cesó por un momento, los franceses llegaron hasta veinte pasos de la batería, y habían tenido que retroceder diezmados y deshechos.

La voz de los cañones se apagó, y los defensores se apresuraron á separar los destrozados hechos por las balas en sus trincheras, conociendo que aquella era una de esas suspensiones momentáneas para reorganizarse, y que dan siempre por resultado una embestida terrible, un supremo esfuerzo.

Bien pronto pudieron apreciar la exactitud de su juicio.

Una fuerte columna de ataque, apoyada por varias piezas, avanzó á paso de carga contra el parapeto, haciendo un fuego terrible.

Los zaragozanos contestaron con vigor; pero era tal el ímpetu del enemigo y tal la precision de sus disparos, que las débiles trincheras saltaron en pedazos, los cañones quedaron al descubierto, y cuantos artilleros se acercaban á las piezas rodaban al punto sin vida.

La confusion y el desaliento empezó á apoderarse de los defensores.

Las piezas estaban cargadas, pero faltaba quien las diera fuego.

El último artillero habia caído espirante, y la hueste francesa lanzaba ya un hurra de triunfo, creyéndose dueña de la posicion. Joaquin se arroja entonces al sitio del peligro; pero al empuñar el bota-fuego, una bala le derriba en tierra.

Peró apenas cayó, cuando un grito desgarrador, terrible, se exhala de los tímidos labios de Agustina, quien, saliendo de su escondite, impulsada por una fuerza misteriosa, atraviesa sin lesion alguna por medio de aquel torbellino de fuego, arranca la mecha de la mano yerta de su esposo, y la aplica al oido de un cañon de veinticuatro reforzado.

Una detonacion terrible asorda el viento, y la columna francesa retrocede en desórden, diezmada por la metralla.

Los defensores cobran nuevo brío con aquel heroico hecho, y tornan á la lucha con doble entereza.

Agustina los alienta, asemejándose en aquel supremo instante á la estatua del Valor, al genio de la guerra, y los enemigos de Zaragoza no pudieron hollar aquel dia con su maldita planta el recinto santificado con la sangre de tantos mártires.

Mes y medio despues, y á pesar de haberse apoderado de parte de la ciudad, las tropas francesas levantaban precipitadamente el cerco, dejando parte de sus pertrechos en poder de los sitiados, convencidos de la imposibilidad de rendir á un pueblo donde el valor cívico y el heroismo anidan del mismo modo en el rudo corazon de los hombres que en el tímido y sensible de las doncellas.

El nombre de Zaragoza fue pronunciado desde entonces con la mayor veneracion, y su glorioso recuerdo se invocará siempre por todos los pueblos que vean en peligro su santa independendencia.

JULIAN CASTELLANOS.

LO QUE ES AMOR.

Esa emocion dulce y pura

que arrebató el corazon,
que se convierte en pasion
y que termina en locura,
que es del alma la ventura,
la dicha y el bien mayor,
eso es amor.

Poderoso talisman

que las almas enajena,
y aunque á prision las condena
no es cadena, sino iman
que nos lleva con afan
tras un rostro seductor,
eso es amor.

Bien que alegra nuestro ser

mas que de mayo la brisa,
que encuentra en una sonrisa
todo un mundo de placer;
que es del hombre y la mujer
lazo eterno, arrobador,
eso es amor.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

PENSAMIENTOS.

(Conclusion) (1).

Ningun asunto termina mejor que el que confiamos á nosotros mismos: aun dado caso de que con-

(1) Véase nuestro número anterior.

cluya mal, podremos irritarnos contra quien tiene la culpa, pero nunca maltratarle, porque todos tenemos amor propio.

Una cuartilla de papel encierra valor inmenso. Su valor absoluto es un maravedí, pero su valor relativo es incalculable.

Cubridla con las palabras de un sabio, y tendreis un tesoro de sabiduría.

Poned á su pie la firma y sello de Rostchild, y tendreis á vuestra disposicion una fortuna.

Escribid en ella el secreto de la navegacion aérea, y tendreis en la mano el porvenir de Europa.

Pero si quereis que valga mucho mas que todo eso, llenadla con el indulto de un condenado á muerte.

Un murmurador es peor que un ladrón, porque el ladrón puede restituir, pero la honra robada no se restituye nunca.

Los bandos que se fijan durante el estío para evitar los desmanes de la raza canina, debian tener aplicacion á los murmuradores. ¿Qué hidrofobia hay mas temible que la calumnia?

¿Quereis tener muchísimo dinero? Pues escuchad.

Entre las gentes de ahora, tener buen bolsillo equivale á tener mucho dinero; luego si nuestro bolsillo es inagotable, tambien lo será vuestro caudal.

Presentado el problema en esta forma, ratiocinemos para su resolucion.

—Para que un bolsillo no se agote nunca, ¿qué es necesario?

—Que su fondo se prolongue hasta lo infinito.

—Supongamos que sea el bolsillo de los pantalones. Yo digo que si usais pantalones anchos y adquirís la costumbre de mudar de sitio y de postura, á cada instante vuestro bolsillo resultará inagotable.

—¿Por qué?

—Hé aquí la incógnita. Para despejarla debo probar que el bolsillo de vuestros pantalones puede, segun el supuesto, prolongarse hasta lo infinito.

—¿Y cómo se prueba esto?

—Demostrando que no se llena nunca.

—¿Y cómo no se llenará nunca?

—Muy fácilmente; rompiendo el fondo de vuestro bolsillo.

¿Querrán Vds. creerlo? Tengo una novia tan preciada de sí misma, que solo me quiere porque mis ojos se parecen á los suyos.

—

¡Seductora!

Hé ahí una bella palabra. Un adjetivo que todas las mujeres quisieran ver agregado á su nombre.

—

¡Seductor!

Hé ahí una palabra repugnante. Un adjetivo que ningun hombre de alma grande y corazon generoso puede nunca conquistar.

Un amigo mio dice que la mujer es una obra de Dios retocada por el demonio: que de Dios conserva la forma y de Satanás el fondo.

Yo me atengo gustoso á sus primeras palabras: lo que el cincel retoca no es mas que la superficie; luego Satanás no ha podido profundizar en la mujer al retocarla.

Cámbiese, pues, el sentido de las últimas palabras, y quedará perfecta la oracion, esto es: de Satanás conserva la forma, y de Dios el fondo.

Para vivir en el mundo como conviene, hace falta tener algo de sabio y de bruto, de amable y de grosero, de tímido y de descarado; pero sobre todo algo de cómico.

Decimos, hablando de un capitalista: "Fulano es hombre de dinero," y á veces somos muy exactos en nuestra apreciacion, porque hay banquero que, fundido en un crisol, daria por resultado algunas barras de oro.

Mi zapatero acaba de volverse loco.

Su locura consiste en que, despues de veinte años que está aturdiendo á la vecindad con su incesante martilleo, no sabe todavía si el martillo es el que hace sonar á la suela, ó si la suela es la que hace sonar al martillo.

Para conmover á la multitud son armas muy poderosas las que hieren hábilmente las cuerdas de la sensibilidad y del entusiasmo; pero nada hace tanto efecto como las armas del ridículo.

La vida del ser humano es cual la de las plantas primaverales.

Para un día de flores y aromas, un año de desnudez y abandono.

Para un momento de fugaz alegría, eternas horas de cansancio y amargura.

Estoy mirando en este momento una de mis corbatas cuyo dibujo lo forman cinco líneas negras y cinco azules, alternadas y exactamente iguales.

¿Cuál de ambos colores es el fondo de la corbata? ¿el azul ó el negro?

Hé ahí un problema para los sabios.

Los que mas ofenden á Dios, los que le insultan ó le niegan, al fin recurren á Él en los instantes supremos.

Cuando el hombre mas soberbio y execrable se encuentra sin humano amparo en una hora de prueba, aunque su corazon se resista á ello, sus ojos se arrasan en lágrimas y sus labios esclaman: ¡Dios mio!

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

Un día llegaba una elegante carretela inglesa que le mandaban sus amigos.

Otro día un magnífico espejo repero, que habia costado tanto como la carretela.

Olvidado aquello, despues de comentarse mucho, era preciso algo que no hubiese visto nadie en la

casa. Por la noche lucian lozanas flores en un florero de tal valor, que lo hubiera envidiado la mas rica sultana de las fantásticas *Mil y una noches*.

Mucho admiraron tambien un velador hecho todo de piececitas de nácar, y unas celosías de un calado tan singular, que ningunas salidas de los talleres de los persas le igualaban en originalidad.

Despues se recibieron unos cuadros de la *Escena Sagrada*, copia de unos que los ingleses habian llevado de España, como muchas otras cosas que, con asombro de los buenos patricios, están en aquel país. Segun decia Julia, estos admirables traslados estaban hechos por un pintor ruso, que no copiaba, sino que hacia hablar á las figuras.

Los originales eran de Murillo y de otros famosos pintores; pues Julia conocia perfectamente la escuela antigua y moderna, como las artes sobresalientes de cada país; así es que todos se quedaban absortos escuchándola.

Ya habrán conocido nuestros lectores que estos cuadros eran los de su antigua casa que hizo trasladar á Sevilla, así como todo el magnífico mueblaje de la moderna, que habia puesto á los tres años de morir su tia, no por afición á la grandeza del mundo, sino por ese tema constante que se fijó en su cerebro de aparecer á los ojos de Arturo como la mujer soñada en sus delirios, cuando ya fuese tarde para remediar el mal.

Las mujeres enamoradas tienen un valor tan heroico y una travesura de imaginación tan admirable, que arrostran las empresas mas arduas, mas difíciles, con la misma serenidad y sangre fria que un diplomático sube los escalones que le han de elevar al poder.

¿Qué extraño es que Julia, en quien casi desde la niñez habia germinado una idea, hoy arrostrase con valor cuanto pudiera sublimarla?

¿Era solo la amistad á Elena lo que la obligaba á hacer aquellos sacrificios?

Muy capaz era su alma superior de cuantos rasgos nobles puede encerrar la mas sublime, y ella sabia sentir la amistad como el amor hasta lo infinito, pero si hubiéramos podido penetrar los arcanos de aquel corazon que como el de René no se revelaba á nadie, hubiéramos visto que siempre germinaba

(1) Véase nuestro número anterior.

en él el sentimiento de que un solo ser en el mundo, el hombre que tanto había amado, tuviese nuevos rasgos que admirar en ella y nuevos dolores que sentir de haberla perdido.

Egoísta y cruel parece esta conducta; pero los que hayais estado enamorados verdaderamente de una persona que ha amargado vuestra vida con la ingratitud, vereis que es casi noble esta venganza, y mas aun, cuando la generosidad y abnegación de Julia llegaban al extremo de no dar un rival nunca á aquel hombre que era quizá mas desgraciado que ella.

Arturo había hecho uno de esos matrimonios que se efectúan por una ilusión falsa, por uno de esos caprichos que creemos amores, y que debíamos aprender á distinguir claramente, para que no fuese mañana una pesada cadena de hierro que nos hiciese caer en el mas espantoso desaliento.

Arolas dice en sus tomos de inimitables orientales, que

"El tálamo sin amor
es un lecho de cuidados,
donde duermen el dolor,
dos que fueron ayuntados
por un siervo del Señor."

¡Con efecto! ¡Horrible debe ser un enlace de esta especie!

Un lazo que no puede desatarse sino con la muerte.

Dos existencias en que sobra una vida.

Una comunidad forzosa.

Dos cuerpos que reúne la Iglesia, de dos almas que vuelan por distintas regiones.

Medio limón y media naranja, que se empeñaron en reunir como si fuese una naranja sola, mientras ruedan por el mundo las otras mitades, buscando inútilmente la anhelada pareja.

Dos peregrinos que se encontraron y se reunieron, sin saber que uno iba á la Meca y otro á Roma.

¡Pobres almas gemelas!... ¡Vosotras sufrís en tanto los martirios mas espantosos que pudo inventar la sagaz Inquisición!

Vosotras correis y correis, sin encontrar el fin que buscáis.

Con la sed del viajero, que ha caminado todo el

día por resacas montañas, sin hallar el arroyo benéfico que apague el ardor de sus labios.

Con la desesperación del proscrito, que ve de lejos la senda que pudiera conducirle á su patria, sin serle dado poner en ella la planta en que desea correr, ó mas bien volar á los amados lares.

Así sufría Arturo. Así sufría Julia, y, sin embargo, la llamaban en Sevilla la "mujer sin corazón," como la habían llamado en Madrid "una mujer á la moda," pues desdénaba de continuo los amantes, y no podía vanagloriarse un solo hombre de haberla inspirado el mas ligero amor.

¡Cómo, pues, dió un grito doloroso y cayó sin sentido al ver entrar en su gabinete un joven que sin anunciarse siquiera venia á visitarla! ¡Raras coincidencias de la vida! ¡encuentros raros que la insaciable suerte prepara para atormentarnos mas!

La mujer sin corazón quedó desmayada en los brazos de aquel hombre, en el momento á que nos referimos.

Aquel hombre no se atrevía á pedir socorro.

Estaba como petrificado.

¡Qué libertad era aquella? ¡Cómo había penetrado en la casa de Elena, para sorprender á su amiga?

¡Cómo no depositaba su preciosa carga en un sofá inmediato, para que al volver esta no le echase una mirada de justa reconvención?

No era extraño; pues si bien aquel arrogante joven, de negros ojos y hermosa tez, respirando juventud y frescura, al llegar allí iba radiante de alegría, con los brazos abiertos, como esperando recibir en ellos el objeto que causaba todo su placer, se quedó frío, inmóvil, al ver que, en lugar de la mujer que aguardaba, se encontraba otra que creía bien lejos de allí.

Aquella mujer, que parecía herida por una bala, había caído sobre su pecho, sin que tuviese tiempo de saber siquiera lo que le sucedía.

Después no le quedó acción para moverse, ni acento para hacerse oír de las gentes de la casa.

Su semblante tomó unas tintas cadavéricas, y en verdad que no podía decirse cuál de aquellos dos seres era el que había perdido el sentido.

Ambos parecían muertos.

De repente el joven alzó la cabeza, mas bien que

por propia voluntad, por un movimiento convulsivo, miró á su alrededor, y con voz conmovida y débil dijo, queriendo hacerse oír:

—¡Elena!... ¡Elena! ¡hermana mía!... ¡ven! ¡ven! ¡tu amiga se muere! ¡ven!

El eco se perdió en las habitaciones inmediatas, y nadie pareció.

—¡Ven, Elena, ven! seguía diciendo, apartando entre tanto la vista de la hermosa cabeza que tenía sobre su corazón; pero la tenacidad de su amarga suerte le hacía percibir el agradable aroma de unos cabellos perfumados y el latido de otro corazón cercano al suyo.

Los finisimos vestidos de aquella mujer, la perfecta y blanda redondez de sus formas, y su delgada y flexible cintura, descansaban en su brazo izquierdo, haciéndole estremecer; pero sin atreverse á separar de sí tantas perfecciones.

Pero sus ojos seguían fijos en la puerta, luchando por no mirar el cuerpo que sostenía.

Cualquiera hubiera dicho que aquella hermosa desmayada le causaba terror y espanto á la vez.

Algunos minutos duró esta penosa lucha, y reponiéndose de su sorpresa y emoción, cogió aquel cuerpo inanimado en peso, y con la ligereza que Manrique llevó á Leonor por las naves del claustro, la colocó sobre una butaca, é hincándose de rodillas, tomó una de sus manos, é imprimiendo en ella sus labios con respeto, dijo arrasados sus ojos de lágrimas:

—Yo no debo permanecer aquí. ¡Adios, Julia!

¡Estamos separados para siempre! ¡El destino!

¡Ah!... ¡cúmplase mi destino!

Y tirando con fuerza de una campanilla, se alejó con pasos precipitados, sin volver la vista una sola vez.

Á las pocas horas, dos criadas hablaban quedito en una antesala.

—¿Qué habrá sucedido? decían.

—¡Has visto cosa como ella! Llegar el señorito Arturo de Madrid; traer aquí todo su equipaje; echar á correr, como un loco, por la casa llamando á su hermana; no darnos tiempo siquiera á decirle que en lugar de la señorita Elena encontraría á la señorita Julia; llegar al gabinete, y cuando creíamos que su amiga le estaría dando razón del viaje de los

señores á Londres; salir como un loco pidiendo otra vez su equipaje, hacer que cargasen con él los criados, é irse por esas calles, sin que una diligencia pudiese darle alcance, todo ha sido obra de contados minutos. ¡Vaya, vaya! ¡Cosas pasan que le dan á uno mucho que pensar!

—¡Pues eso no es nada! Si tú hubieses visto á la señorita Julia entre tanto, te mueres de susto. Suponerte tú que la pobrecita no sólo que la sucedería, que tiró unos campanillazos como si fuese á dejar caer la casa. Ha roto el magnífico tirador de las flores chinescas.

—¡Jesus! ¡Jesus! Preciso es que estuviese muy apurada.

—¡Qué malos son los hombres!...

—El hermano de la señorita, dicen, es un calavera!

—¡Que si quieres! Desde que se casó, dicen que parece un monge!

—¡No me fiaría yo de él! ¡El que tuvo largas uñas!... ¡Y como aborrece á su mujer!... Hace poco que estuvieron para divorciarse, y si no es por nuestra señorita que le escribió unas cartas que parecían los sermones del P. Lobo, ese misionero tan bueno que va por Andalucía asombrando á todo el mundo, te aseguro que á estas horas el matrimonio ha dado un trueno de los gordos.

Pues, como te iba diciendo, cuando oí tirar de la campanilla, como si tirasen de la campana gorda de la catedral, voy dando traspieses y llevándome para allá, con el miriñaque, las puertas, las sillas, las mesas y cuanto encontré al paso, hasta llegar á donde se hallaba la señorita Julia.

—¡Jesus! ¡Jesus! qué susto! Todavía tengo la sangre sin correr en las venas. ¡Qué espectáculo! ¡la señorita como muerta en una butaca!

La cojo las manos: ¡qué horror! frías; ¡pero qué frías! Empiezo á sacudirla, y abre la boca y los ojos. ¡Ay qué ojos! ¡Bizcos, Dolorcillas, bizcos, vueltos hacia arriba, como queriendo embestir!

¡A bien que el grito que yo di fue flojo!

Entonces se levantó como la dama que vimos en aquella comedia que la dicen doña Mencía, y empezó á dar unos pasos tan largos, que pillaba una vana y con las manos hacia adelante como dos velas de

barco, y yendo así... á tantas, cual si estuviese á oscuras, empezó á gritar: "¿Dónde estoy?... ¡El, sí, él! ¡Yo le he visto!... ¡Sí!... sí, era él!... Señorita, la dije: no tenga V. miedo. ¡Si ya se ha ido como alma que llevan los diablos!

—¿Quién? ¿qué dices?... ¡El!... ¡no era él!...

—¡Sí, señora! el señorito Arturo, ese mala cabeza. Pues bien; no tenga V. miedo; ya va por esas calles corriendo como un galgo, y todos sus títeres con él.

Venia á estarse aquí, porque como siempre está peleando con su mujer, quería descansar unos días; pero no sé qué mosca le ha picado, que ha puesto pies en polvorosa al momento.

Tranquílese V., no tenga miedo. Según va él, no volverá mas. ¡Si parecía que le había picado una víbora!

Y diciendo esto, apliqué un jarro de agua á los labios de la señorita, del cual bebió un poco; por cierto que le castañeteaban los dientes como si hubiese ido á destrozarlo.

¡Buen insulto; buen sofocon le ha dado el hermano de la señora! pero ella se conoce que quiere vengarse, porque tomó la pluma y papel, y empezó á escribir como un rayo de ligera, haciendo unos visajes, que querían decir: "¡Anda, anda!... ah! llévas tu merecido."

En seguida hizo que me enterase dónde habían conducido el equipaje del señorito Arturo, y así que le dije que á una fonda, llamó á uno de los criados que ya lo sabían, y le envió con la carta.

Ni esos alambres que los llevan en minutos pueden compararse con la ligereza que vino la contestación.

Entonces me dijo muy seria. "¡Ya no te necesito!" Y me despidió; pero yo, que estaba rabiando por ver lo que sucedía, me asomé por el quicio de la puerta, y vi... ¡No sabes lo que vi? Yo no quiero creerlo; pero casi podría jurar que antes de abrir la carta... ¡Vamos!... ¡sería una ilusión! Las mujeres tenemos malos pensamientos; pero ¡si no tengo duda!... ¡si sonó muy claro!... ¡Sonó tan clarito!... Justamente el sonido de los labios no puede confundirse fácilmente con otro.

¡Ves esta manecita? Pues por haber oído yo una vez ese ruido demasiado cerca, la estampé en una cara con unos bigotazos de á tercia lo menos.

Desde entonces me tomaron miedo los demás criados, y nadie se ha atrevido á dar, ni siquiera al aire, otro ruido de esa especie cerca de mis mejillas.

Pues bien, casi juraría que la señorita se atrevió á hacer con el papel lo que el ex-grahadero Mauricio quería hacer con mi cara.

—¡Eh, no digas disparates! ¿Estás loca?

—¡Dios me perdone! pero... en fin... Vamos cada una á su negocio, y veremos lo que resulta del día de hoy. El caso ha sido raro, y aunque no me gusta murmurar, para no hacerlo sería necesario ser mas incrédula que Santo Tomás: ver y creer.

Yo tendría que decir: "vi y no créi."

—¡Decía verdad aquella mujer? ¿Quién sabe!

Lo que sí podemos decir es que Julia escribió á

Arturo estas líneas:

"Sé que habeis venido á hospedaros en casa de vuestra hermana; nada mas justo. Yo partiré al momento; pero me ocurre una duda, y es la sagrada promesa que hice á Elena de permanecer aquí hasta su vuelta.

"Decidme qué he de hacer; pues me parece usurpo un lugar que de derecho os pertenece. Adios.

"JULIA.

A los pocos minutos era contestado este billete con las siguientes líneas:

"Os suplico, en nombre de mi hermana, que os quedeis; yo ignoraba dónde os hallabais. ¡Perdon, señora, perdón! Me quedo en Sevilla, pero no volveré á presentarme en vuestra casa; os lo juro por lo mas sagrado.

"ARTURO.

(Se continuará.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La moda reside en las aguas ó las playas marítimas; ¿quién intentaría buscarla en las capitales casi desiertas de notabilidades en elegancia?

Verdad es que setiembre se adelanta á pasos agigantados, y que pasados los primeros días de agosto el estío es una palabra sin esperanza ni porvenir, te-

niendo que ceder su puesto al otoño, á pesar de sus esfuerzos por despertar agradables recuerdos de lo pasado; sigamos, no obstante, el curso de la moda, y la hallaremos sumergida en las ondas, ó aliviando sus dolencias en los principales establecimientos termale de la Península ó del extranjero, bajo distintas denominaciones artísticas ó históricas mas ó menos justificadas, pero que obtienen un merecido triunfo.

En primer término figura la *toilette* Diana de Poitiers, compuesta de perlas y encaje, ó sean tres vueltas de flecos en azabache blanco descendiendo en cascadilla sobre una falda de *point-de-soie* yerba doncella; la de debajo es de tafetan blanco, denteado con un rico guipure negro retenido en arcades con borlas y bolas de amatista. La chaqueta es ajustada al talle, y las mangas, abiertas, conceden á nuestras elegantes una inmensa facilidad de conducir por sí mismas un *poney-chaise* ó un victoria.

El traje Pompadour, de cuyos triunfos y deliciosa coquetería podrian mas de cuatro playas informar á nuestras lectoras, se compone de un vestido en alpaca blanco, con una pequeña guirnalda de flores del campo bordada á plumetis. Las amapolas, los acianos, las espigas se entrelazan artísticamente en un follaje rojizo. El jubon y el chaleco regente son iguales á la falda, como asimismo la enagua adornada de cabos bordados.

Como confeccion de encaje el albornoz en yak, la punta en lana, ó la rotonda en Chantilly es lo mas adoptado; pero para traje de gran fantasía reina como conquistador el paletot en *point-de-soie* blanco, guarnecido con un volante de quince centímetros en punto de Bruselas. Un fleco rizado desciende sobre él, y ademas unos *brandebourgs* con gruesas presillas de seda, que van suspendidos con cascabeles de plata afiligranada.

Aun hay algo mas espléndido que todo lo citado, y es la hija del Desierto; albornoz compuesto de un tejido nuevo, cuya trama espesa y ligera al mismo tiempo se produce en un doble matiz, generalmente lila y blanco, con borlas lila descendentes sobre una franja de piel blanca. Esta magnífica confeccion se forra de tafetan.

En las tardes, por lo regular frescas en las playas

y en las aguas, viene muy á propósito el poder disponer de una confeccion comfortable. La Nemea de estío es lo mas conveniente en este caso. Suele ser en paño terciopelo blanco con piquillo negro, y tiene bolsillos. Reúne á una admirable sencillez el ser por consiguiente de una perfecta distincion.

Entre los innumerables objetos de lencería que podemos recomendar á nuestras elegantes, ocupan el primer rango los vestidos de muselina blanca á granos de cebada, adornado en su altura cada paño de siete á nueve volantitos fruncidos. Estos graciosos trajes los completa una pequeñísima rotonda con capuchon-pelerina, cuerpos de tul adornados con bullones dispuestos diagonalmente y separados por un terciopelito negro; vestas en muselina plegadas, y adornado cada pliegue con pequeños botones de nácar. Con estas vestas es necesario un cuello avalonado y guarnecido de un valenciennes que desciende á manera de rica guirindola.

Cada sombrero debe guardar conexión con el empleo á que se le destina. Para paseo en carruaje aconsejariamos uno de tul blanco enteramente bullonado. Recubren el ala y el copete guirnalda de *volubilis* silvestre, blanco rosado, de delicado follaje. Con arreglo á la última moda no tiene bavolet, sino en su lugar bucles de cinta de tafetan blanco y rosa, recubriendo las cocas del pelo. El interior es de tul rosa y blanco, estampado con algunas flores asimiladas; bridas de tafetan blanco.

Para traje de mañana uno de paja á damero, novedad bastante original. El ala tiene un penacho de trigo natural sobre el lado, elegantemente anidado en un ramillete de adormideras encarnadas. Un *écharpe* de tafetan negro y punzó atraviesa el copete descendiendo para formar las bridas; en el interior, una mezcla de encaje negro y adormideras, y una especie de prendido-redecilla de encaje franjeada de azabaches, se coloca hácia atras del copete á guisa de bavolet.

Por último, para traje de campo un sombrero redondo de paja blanca, bordeado de terciopelo azul; un lazo idem atravesado por una hebilla Luis XV, de plata cincelada, se coloca por delante; un penacho de plumas azules y blancas en el lazo, y un velito Patti de tul felpilla y perlas, completa este modelo de maravillosa distincion.

JOAQUINA DE CARNICERO.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.